

ROMANCERO
DE
NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA.

PREMIADO

CON LA GÍTARA DE PLATA Y ORO

EN EL CERTÁMEN

celebrado por la Academia bibliográfico-Mariana de Lérida,
en Octubre de 1865.

SU AUTOR

D. MANUEL OSSORIO Y BERNARD

SEGUNDA EDICION.

MADRID.

IMPRESA DE C. MOLINER Y COMPAÑIA.

Calle de Cervantes, número 17.

1866.

FM 3502

E. Y P. LIBROS
ANTIGUOS Y MODERNOS
Apartado 57 072
28080 MADRID

ROMANCERO

NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA.

ROMANCERO DE NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA.

D. MANUEL OSORIO Y BERNARD

TERCERA EDICION.

12/35 346



ROMANEO DE NUESTRA SEÑORA DE MADRID.

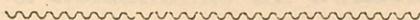
ROMANCIERO
DE
NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA.

PREMIADO

CON LA CÍTARA DE PLATA Y ORO

EN EL CERTÁMEN

celebrado por la Academia bibliográfico-Mariana de Lérida,
en Octubre de 1865.



SU AUTOR

D. MANUEL OSSORIO Y BERNARD

SEGUNDA EDICION.

12/95.346

MADRID.

IMPRENTA DE C. MOLINER Y COMPAÑIA.

Calle de Cervantes, número 17.

1866.



BOMANCERO

DE

NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA.

PLANTAS

CON LA GRANA DE PLATA Y ORO

DE LA CATEDRAL

Reproducido por la Academia Bibliográfica-Museo de Ciencias
en Octubre de 1961.

DE AÑO

D. MANUEL GOSORO Y BERNARD

SEGUNDA EDICIÓN.

Q/PZ 346



MADRID

IMPRESA DE F. MOLINA Y COMPAÑIA

1962

AL SR. D. FRANCISCO RIBAS Y VALENTINA

NOS DON FRANCISCO GOMEZ SALAZAR,

PRESBITERO, DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGÍA, LICENCIADO EN JURISPRUDENCIA, CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL, TENIENTE-VICARIO JUEZ ECLESIASTICO ORDINARIO DE ESTA M. H. VILLA Y SU PARTIDO, ETC.

Por la presente, y por lo que á Nos toca, concedemos licencia para que pueda imprimirse y publicarse el ROMANCERO DE NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA, escrito por D. MANUEL OSSORIO Y BERNARD; mediante que de nuestra orden ha sido examinado, y no contiene, segun la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral.—Madrid veinte y cinco de Setiembre de mil ochocientos sesenta y tres.

Dr. Salazar.

Por mandado de S. S.,

Ido. Juan Moreno Gonzalez.

AL SR. D. FRANCISCO RIBAS Y VALENZUELA.

INTRODUCCION.

Tiempo hace que anhelaba manifestar á V. públicamente el valor que para mí tiene su constante y preciosa amistad, y para ello hubiera deseado poder ofrecerle la dedicatoria de una obra, que correspondiese por su mérito á mi intencion.

Mas, ya que esto es imposible, atendiendo á lo pobre de mis fuerzas, permitame V. que coloque su nombre al frente de la segunda edicion de este ROMANCERO, escrito en una de las épocas más afflictivas de mi vida, y que acaso permanecería aún inédito, sin la inmerecida distincion con que fué acogido por la Academia bibliográfico Mariana de Lérida.

M. Ossorio y Bernard.

Abril de 1866.

INTRODUCCION.

Era una plácida tarde:
entre cien nubes rojizas
á otras remotas comarcas
marchaba el astro del día.
Muda la naturaleza
le daba por despedida
el aroma de las flores,
la voz de las avecillas.
Hora sublime en que el alma
en sí misma recogida
elévase á Dios un punto
y en Dios un punto medita.
Hora en que el hombre recuerda
de su niñez las delicias
y los besos de una madre,
cuando la llora perdida.
Hora, en que todo es sublime,
hora en que todo respira
tranquilidad y descanso,
abstraccion y poesía.
Tocaban las oraciones
las campanas de la villa,
faltaban ya los sonidos
que animacion dan al día,
y por la senda que lleva
de Atocha á la Santa ermita,
en mis propios pensamientos,
marchaba el alma abstraída.
En el fondo de las nubes
se destacaban altivas
de la casa de la Virgen
siluetas desvanecidas,

el fronton sério y estraño,
las torres y las cornisas,
como fantasmas gigantes,
que á los cielos desafían.
Pisé luego los umbrales
del templo con marcha tímida
y solo acordes los écos
mis pisadas repetían.
En la venerada Imágen
la vista fijé en seguida
y noté en su bello rostro
una celestial sonrisa.
Todo respiraba calma
y dulzura y armonía,
ni el mas ligero rüido
turbaba aquella paz mística
y en la claridad escasa
confusamente se vian
de milagrosas ofrendas
las paredes guarnecidas.
Dejaba volar mi mente
en direcciones distintas
por los más remotos tiempos,
por los más diversos climas,
y doquiera que encontraba
una empresa noble y digna
notaba el favor constante
de aquella Imágen Santísima.
Cual eterno testimonio
de gratitud y alegría,
unas guerreras enseñas
de sus paredes pendían.

De los españoles tercios
algunas de ellas antiguas
ostentaban las memorias
de Holanda y de Italia unidas,
y en mil girones formaban
su historia valiente y limpia,
las épocas recordando
que España jamás olvida.
La Independencia Española
las más de ellas atestiguan,
y aún parece que tremolan
en sus guerreras fatigas.
Aragon y Cataluña,
Valencia y Andalucía,
mezclan sus gloriosos hechos
á las glorias de Castilla.
Distinguese claro en unas
el águila ya vencida,
que del leon en las garras
herida tiembla y palpita.
En otras un ave fénix
abrasándose en su pira,
para renacer de nuevo
de sus calientes cenizas.
Unas provincias sus armas
junto á monárquicas cifras,
otras inscripciones santas
y algunas alegorías.
En todas fé y esperanza
y española valentía,
en todas independencia
y libertad se adivina.
Y en el coro, dominando
á las otras, se alza altiva

la que en las manos de un héroe
tremoló en Lepanto un día,
y cual si siempre la gloria
á la gloria fuese unida,
las africanas banderas
dan sombra á dos tumbas frias.
De Palafox y Castaños
guardan preciadas cenizas.....
¡el Cielo tiene sus almas,
sus hechos el mundo admira!
Postréme luego de hinojos,
mis horas lloré perdidas,
y el bálsamo del consuelo
descendió hasta el alma mía;
que es la oracion la esperanza
que nos sostiene en la vida.....
¡Infelices los que apartan
de la religion la vista!
Soñé en la gloria del justo,
hácia ella elevé mis miras
y un pensamiento ambicioso
me hizo tomase la lira.
Cantar anhelé tus glorias,
y hoy á tus plantas benditas
mi pobre trabajo ofrezco,
tan falto de poesía.
Recíbelo, pura Virgen,
acórreme compasiva
cuando la puerta traspase
que separa nuestras vidas,
y á tu divina corona
añade estas flores místicas,
con mis lágrimas regadas
y para tu gloria escritas!

GRACIAN RAMIREZ.

I.

Corria el octavo siglo
de sangre entre cien torrentes
y aún rojas se conservaban
la aguas del Guadalete.
Cautiva España gemia
de un rey muerto los placeres
y en su duro cautiverio
alzaba al Cielo sus preces.
Que es la condicion humana
tan miserable y endeble,
que solo en su Dios medita
cuando su fortuna pierde.
El imperio de los godos
formidable un dia y fuerte,
que se dormia embriagado
de la orgía entre las heces,
al despertar de aquel sueño
como una máquina inerte,
empezó á ver los pesares
descarnados é imponentes.
Derramó luego abatido
llanto sangriento y estéril,
clamó por su bien perdido,
juzgóse á combatir débil
y falto de la esperanza,
que siempre al justo sostiene,
dobló la cerviz al yugo,
resignado con su suerte.
Mas pronto la fé divina
encontró en Pelayo albergue,
alzóse el pendon cristiano

y aquellas escasas huestes
la corona de la gloria
sujetaron á sus sienas.
Jamás humana constancia
dió un ejemplo tan solemne
de lo que alcanza quien lucha
por su Dios y por sus leyes,
cual las guerras que empezando
de Astúrias en las pendientes
en siete siglos inundan
á la historia de laureles.
El pueblo alzó con su ejemplo
la abyecta y cobarde frente:
estremecióse de ira,
notó su sangre valiente
con fuego abrasar sus venas,
y al ver que luchando puede
destrozar con fieras garras
sus infamantes cordeles,
aguza el torvo cayado,
limpia el hierro, que enmohece
el continuado desuso,
y marcha á buscar la muerte.
Comparten su altiva furia
los niños y las mujeres,
acrecen siempre los bríos,
la lucha sagrada emprenden,
sin que nunca les aflija
los que en la demanda mueren,
porque amamantan las madres
entre sus brazos mil héroes!

Madrid tambien suspiraba
en poder de los infieles
y cual si ufanos creyeran
dominarlo para siempre
derribaron los altares
del Supremo Rey de reyes.
Solo la ermita de Atocha
era el sitio en que los fieles
sus voces al Cielo alzaban
porque en su auxilio acudiese.
Tal vez los moros creyeron

trabajo vano y estéril
tener fuera de los muros
templo en que elevar sus preces:
tal vez juzgaron ufanos
aquel religioso albergue
muy pequeño para el culto
de las madrileñas gentes.....
Ello es lo cierto que estaba,
segun autores lo advierten,
la Santa Imágen de Atocha
cerca del lugar que hoy tiene.

II.

Dichosos los que en su alma
guardan sagradas creencias,
que son el bálsamo dulce
con que se curan las penas.
Dichosos los que á la Virgen
Madre del Señor veneran,
y ante Ella sus ruegos alzan
y de Ella su dicha esperan.
Muy devoto de su Imágen
era por aquella época
Gracian Ramirez, hidalgo
de la principal nobleza.
Retirado de la villa
por la invasion sarracena,
en un castillo habitaba
de Rivas sobre las cuevas.
Dichoso entre su familia
no le acosaban mas penas
que los males de su pátria
y su inmerecida mengua.
Por eso todas las tardes,
sin dar al cansancio treguas,
iba á ofrecer á la Virgen
su fé respetuosa y ciega.
Ya el sol rojizo bordaba
las cumbres más altaneras
y matizaba las nubes
de tornasoladas mezclas.

Tranquila estaba la tarde,
vagaba el aura serena
y murmuraban las aves
indescifrables endechas.
Todo era calma y reposo,
sin ser turbado siquiera
por el canto del labriego,
que marcha tras de su reja.
Que las naciones esclavas
con dificultad se entregan
á fertilizar los campos
que su misma sangre riega.
Y ese abono aborrecible
solo produce doquiera
zarzas, que creciendo libres
forman bosques de malezas.
Y aunque era hermosa la tarde
y la atmósfera risueña,
el cielo azulado y puro
y las avejillas tiernas
saltaban de mata en mata
y daba su olor la yedra,
bajo aquel lago tranquilo
se adivinaban tormentas.
Mudo en sus meditaciones,
y tal vez en sus tristezas,
marchaba Gracian Ramirez
por una escondida senda.
Iba solo y pensativo:

tal vez su antigua existencia
daba diferentes formas
á sus contrarias ideas.
Tal vez recordaba triste
el tiempo de sus grandezas
en la córte de Rodrigo,
foco de amor y de fiestas.
Tal vez se representaban
en encontradas escenas,
los toledanos festejos,
las jerezanas refriegas;
y absorto en esos contrastes
cruzaban por su cabeza
ora el baño de Florinda,
causa de tantas querellas;
ora el vaticinio horrible
que le hizo la Providencia
á Rodrigo, de que el gozo
lleva tras de sí las penas;
ora las corrientes turbias
del Guadalete, que á fuerza
de sangre tñó sus márgenes
y adquirió memoria eterna;
ora el confuso combate
en que nublaban las flechas
el aire y quizás cortaban
cien heróicas existencias.
¡Acaso escuchar creía
la voz doliente y enferma
de Rodrigo, que en las aguas
lavar quiso sus afrentas,
ó ya por el horizonte,
sangrienta la vista y suelta
la crin, alejarse rauda,
libre de ginete Orelia:
el suelo lleno de heridos,
las mil derribadas tiendas
y aquel campo, en que cernian
los cuervos sus alas negras!
Luego tornaba á la Virgen
sus pensamientos y empresas
y aligeraba su paso
para llegar á la iglesia.
Por fin, cuando del crepúsculo
las luces vagas é inciertas
por instantes se perdian,
llegó del templo á la puerta;

mas, no bien la hubo pasado
detuvo su planta trémula
y el color de su semblante
pasó al blanco de la cera.
La Santa Virgen de Atocha,
la Inmaculada azucena
Madre de Dios humanado
para la salvacion nuestra;
la Imágen tan venerada,
la religiosa bandera,
en cuyo torno los fieles
aliviaban sus dolencias,
no se hallaba ya en su templo.....
Tal vez en manos groseras
se encontraba profanada,
de la religion en mengua.
Gracian Ramirez confuso
cayó de hinojos en tierra,
mas pronto la ira del alma
le hizo recobrar sus fuerzas
y tomó con paso airado
el camino de sus tierras.
Pero, no bien hubo andado
unos pasos, á la vuelta
de un montecillo, su vista
hirió una luz macilenta
que de entre algunas *atochas*
brotaba rosada y bella.
Dirigióse á ella Ramirez,
se abrió paso entre las yerbas
y en medio encontró la Imágen
hermosa siempre y risueña.
Postróse ante ella enseguida,
sustituyó su violencia
con acentos de ternura,
con oraciones sinceras,
y ante la noche callada,
al fulgor de las estrellas,
con el ánimo piadoso
la hizo esta santa promesa:
«Madre de Dios, Virgen santa,
que das bálsamo á las penas
é intercedes por nosotros
ante la justicia eterna;
un templo has abandonado
y te estás aquí entre yerbas:
permite que en este sitio

otro templo yo te ofrezca.
No podré hacerlo, María,
de forma que digno sea
de albergar tu Imágen santa,
por mis escasas riquezas;
pero sí que te resguarde
de las furiosas tormentas,
é indique á todos los buenos
donde dejar sus ofrendas.

Tal vez mis pobres esfuerzos
mayor proporcion adquieran
cuando tu nombre proclamen
las edades venideras.»
Y diciendo estas palabras
besó de nuevo la tierra,
y, contento, encaminóse
de Rivas hácia las cuestas.

III.

Poco despues nuestro hidalgo,
por su promesa devota,
dejó su tranquila casa
con sus hijas y su esposa,
sus infinitos criados
y una hueste emprendedora
de cristianos que anhelaban
prestarle auxilio en su obra.
Todos los que el plan supieron
trabajaron por la honra
de la Santísima Virgen,
Nuestra Señora de Atocha.
Mas, ay! no bien sus paredes
se elevaban majestuosas,
se vió de sangre regado
aquel templo de la gloria.
Juzgaron los sarracenos
con ignorancia medrosa,
ser la ermita fortaleza
temible, por verla próxima,
y al mirar los materiales
de aquellas murallas sólidas
y los mil preparativos
de la empresa religiosa,
creyeron de éxito fácil
derribarla en pocas horas,
si con presteza acudian
con gente al combate pronta.
Y apenas lo meditaron
cuando, reuniendo sus tropas,
hicieron una salida

contra la empezada obra.
Gracian Ramirez al verlas
tembló de furor y cólera;
sus pasiones de guerrero
renacieron orgullosas,
y al ver próximo el peligro
decidió morir con gloria.
Juntó los hombres que pudo
y resolvió á toda costa
morir antes que rendirse
á los hijos de Mahoma.
Pero, un triste pensamiento
una reflexion penosa
hizo flaquear un punto
su resolucion heróica.
¿Qué iba á ser, ellos ya muertos,
de sus hijas y su esposa?
¿Cómo guardar su pureza
entre las salvajes hordas,
cuyos brutales deseos
enjendraban las victorias?
La fuga era ya imposible.....
dejarlas vivas y solas
era entregar al milano
el nido de las palomas.
Y en tanto el tiempo pasaba:
se hallaba á distancia corta
ya el enemigo, rugiendo
de sed de salvaje gloria.
¿Qué hacer? El amor de padre
motivaba luchas sordas

en su valeroso pecho,
entre su amor y su honra.
De pronto, horrible proyecto
cruzó su mente afanosa,
y fué á buscar con premura
á las que su empresa estorban.

Vaciló, no se atreviendo
á abrir siquiera la boca,
y se abrazó con sus hijas,
de amor las preciadas joyas;
mas ellas, adelantándose
á su idea, cariñosas
tales palabras le dicen,
mientras Ramirez ahoga
su cariño, acariciando
de su ancha daga la hoja:

—Padre, ¿por qué tu semblante
pálido se encuentra ahora?
Marcha á combatir, la Virgen
te concederá victoria.

—¿Y no veis, hijas del alma,
cuán fuertes y numerosas
son sus huestes? Si yo muero,
quién velará por vosotras?

—La Virgen será en el Cielo
nuestra dulce protectora:
no tiembles, con ese acero
nuestras existencias corta.

—Hijas! ...

—¡Si el brazo te tiembla,
añade también su esposa,
con la muerte, aunque mujeres,
sabremos guardar la honra!

—Sea! pronuncia Ramirez,
con voz por el dolor ronca,
y con tres golpes su acero
corta tres vidas preciosas.
Al verlas muertas en tierra
su furia y valor redoblan,
y lo mismo que la fiera
á quien sus cachorros roban,
tembloroso de coraje
y reuniéndose á sus tropas
marcha en busca de otra sangre,
que lave su espada roja!

.....
.....

Horrible ha sido la lucha.
Claro su furia pregonan
los chorros de sangre humana,
que el casco al corcel embotan.
Rojas se encuentran las zarzas,
húmeda la tierra toda,
sólo se escuchan lamentos,
la muerte domina sólo.
Inertes cuerpos obstruyen
el paso á las fieras hordas,
que hacen pagar á sus potros
el rencor de la derrota.
Doquier turbantes caídos,
doquier cimitarras rotas,
doquier brillantes arreos
en confusion horrorosa.
La luna ilumina el campo
con blanquecina aureola,
reflejándose sus luces
en los bordados y joyas.
Mas, acaso no queriendo
alumbrar la sanguinosa
escena, envuelta entre nubes
aguarda la nueva aurora.
Todo es ya silencio y luto:
sólo se escucha á deshora,
el lamento de un herido
que acaso á su Dios invoca.
Mas, pronto su voz espira
y en cambio se escuchan otras.....
las de las fieras que albergan
los jarales y las rocas.
A las voces de sus siervos
la Virgen no ha sido sorda,
dándole á Gracian Ramirez
una impensada victoria.
Muchos sus contrarios eran,
mucha su fuerza asombrosa;
pero el poder de la Virgen
el triunfo les dió á sus tropas.
Y no contenta con eso,
dejó una prueba notoria
de cuanto auxilia á los buenos,
que su santo nombre invocan.
En medio del regocijo
de aquellas cristianas tropas,
solo Gracian se acusaba

de la muerte de su esposa
y sus inocentes hijas
inmoladas á su honra.
Y con tales pensamientos
entran al templo de Atocha,
para rezar á la Virgen,
que les diera la victoria.
Mas ¿qué vé Gracian Ramirez,
que el paso dudoso acorta
y tiembla, de pavor lleno,
y quiere hablar y no osa?
Vé delante de la Imágen

arrodilladas y hermosas
á su mujer y sus hijas,
que á la Virgen santa imploran.
Risueñas ora las mira,
cuando las dejó llorosas.....
muertas las dejó al marcharse
y vivas las halla ora!
Del asombroso milagro
sólo guardan en memoria
sobre sus cuellos de nieve
estrecha una lista roja.

ESPERANZA EN EL PELIGRO.

Cuando las turcas armadas
daban á la Europa espanto,
persiguiendo á sangre y fuego
las naves de los cristianos;
antes que D. Juan de Austria
les arrancase sus lauros,
derribando sus insignias
en el golfo de Lepanto,
la cristiandad aterrada,
sus recursos comparando,
temblaba cual por el viento
tiemblan las hojas del árbol.
Y es que cautivos yacian
en los pueblos africanos,
sufriendo crudos tormentos,
millares de desgraciados.
Instituyóse por ellos
la órden de Mercenarios,
esfuerzo grande y valiente
que escediendo de lo humano
manifiesta cuánto alcanza
de la Virgen el amparo.
Bendita sea mil veces
la caridad, pío y grato
consuelo de los que vierten
por sus penas tenaz llanto.
Bendita la fé, que guia
al bien los débiles pasos
y otra vida nos ofrece,
llena de eternos encantos.

Vivia en Argel, cautivo
cerca ya de veinte años
Cristóbal Jansen, valiente
siempre aunque infeliz hidalgo.
Y en época tan estensa

logró vivir esperando
poder evadirse un día
de los pesares del baño.
Mas, ¡ay! que varios motivos
hicieron sus planes vanos,
y aunque cautivo seguia,
fué siempre libre su ánimo.
Pero, cuando ya abatido
por ver sus planes frustrados
solo á la muerte fiaba
diese fin á su quebranto,
inesperado remedio
hizo cesar su cansancio,
dándole para la lucha
nuevo valor obstinado.
El que sumido en tinieblas
ve del sol siquiera un rayo,
ó el que distingue una tabla
bienhechora en el naufragio,
siente palpitar su pecho
más valiente y confiado
y renacer la esperanza
su corazon animando.
Haydar, capitán temido
entre los demás corsarios,
aprestaba una galera
para surcar el Océano,
y á la construcción prestaban
los cristianos su trabajo,
cuando tal vez la obra aquella
á aumentar iba su daño.
Y así sucedió en efecto;
no bien su quilla descanso
halló en las revueltas ondas,
al viento soltando el trapo,
armóla el arraez en corso

2

y buscó ochenta cristianos,
para que diesen al remo
sujetos al duro banco.
Jansen se hallaba entre ellos
y una vez dentro del barco
les hizo ver los tormentos
de su miserable estado:
hizo nacer en los pechos
el valeroso entusiasmo
en su empresa, prometiéndoles
de la Virgen el amparo.
Y así que notó que todos
se hallaban determinados
á morir en la demanda
ó volver á España salvos,
aguardó sólo el instante
propicio para lograrlo
con el favor de la Virgen
y la fuerza de su brazo.

Oscura noche tendía
sobre los mares su manto
y por el sueño rendidos
se hallaban los mahometanos.
Argel dormía tranquilo:
sólo el silencio reinando
se hallaba dueño absoluto
de mares, villas y campos.
Jansen y sus compañeros,
la ocasión aprovechando,
á los descuidados moros
resueltamente atacaron.
Estos, volviendo del sueño,
echaron al hierro mano,
trabándose en la galera
un combate encarnizado.
Mas Dios quiso en aquel punto
proteger á sus esclavos,
haciendo que al fin rindiesen
á las gentes del corsario.
Entonces los fugitivos,
el duro remo agarrando,

huyeron de aquellas costas
sin ser de nadie observados;
pero, á pesar de su empuje,
les era el viento contrario
y al despuntar la mañana
todos de pavor temblaron.
Como inútiles creyeron
sus esfuerzos y trabajos,
pues el viento les llevaba
al puerto de sus quebrantos.
Entonces el desaliento
se apoderó de sus ánimos
y los remeros valientes
de bregar al par cesaron.
Creyéronse ya perdidos
y al contemplar eran vanos
sus esfuerzos contra el viento,
á la Virgen invocando,
aquellos hombres valientes
que con ardor temerario
nada juzgaron la muerte
de su cautiverio al lado,
de temor sobrecogidos
como unos niños lloraron.

Pero la Virgen de Atocha
tendió sobre ellos el manto
de su clemencia, y los vientos
cambiaron á su mandato.
Y al cabo de pocas horas,
sin encontrar nuevo obstáculo,
con lágrimas de ternura
besaban el suelo pátrio.

Jansen, que en medio del gozo,
no quiso ser nunca ingrato,
dejó en la ermita de Atocha
en recuerdo del milagro
un cuadro donde se encuentra
de su evasión el relato,
y la cadena de hierro
que arrastró estando en el baño.

LA VOZ DE LA CONCIENCIA,

¡Ay del que sube cansado
por la cuesta de la vida,
huyendo de su conciencia
y creyendo hallar la dicha!
¡Ay del que muestra en sus labios
una equívoca sonrisa
y las heridas del pecho
remordimientos destilan!
¡Ay del que sufriendo calla
y entre sus dichas ficticias,
se embriaga por un instante,
padece días y días!
¡Ay del joven, que en su frente
enseña profundas líneas
y canta y mienten sus cantos,
y ríe y mienten sus risas!
Que el pecador lleva siempre
dentro del alma escondida
una voz que le recuerda
la causa de su agonía.
En sus placeres mayores
siempre se mezcla intranquila
de su pecado la idea
que morir hace su risa,
y en su penoso camino
una voz doquier le grita.....
la voz del remordimiento,
que á su razón tiraniza.

Tras un pasado de culpas
gastado en viles orgías,
arrepentido un mancebo
entraba en la santa ermita.
Fiaba en la santa Madre
del Señor, que compasiva
sus pasos desacertados
al bien encaminaria.
Porque siempre la Pastora
tiene consuelo y caricias,
por sí á su redil abierto

vuelve la oveja perdida;
y si el que nunca pecara
merece la eterna dicha,
el culpable arrepentido
también encuentra acogida,
pues si sucumbió al pecado
ciega para el bien la vista,
de arrepentimiento el llanto
su corazón purifica.

Por eso nuestro mancebo
al santo recinto iba,
para buscar el consuelo
de sus errores y culpas;
mas, no bien pasó la puerta
quedaron sus plantas fijas,
cual si al pavimento santo
se encontrasen adheridas.
Quiso avanzar y no pudo,
dirigió al altar la vista
y no vió la hermosa imagen
á cuyo amor se acogía.
Pensó entonces que su alma,
se hallaba sucia y marchita
y ante la divina Madre
de presentarse era indigna.
Salió del templo, bañando
las lágrimas sus mejillas,
y acudió á la penitencia
para reformar su vida.

A la mañana siguiente
se encontraba de rodillas
ante la Virgen de Atocha,
el alma de culpas limpia.
Sus oraciones devotas
al Dios del Cielo subían
y el mancebo suspiraba
y la Virgen sonreía.....

CONSTANCIA EN LA FÉ.

I.

De Madrid en un extremo
había una pobre casa
de apariencia tan humilde
como hoy altiva y bizarra.
Corría entonces el tiempo
en que sólo se cuidaban
de ser valientes los hombres
y recatadas las damas.
Era Madrid como un pueblo
de callejuelas cruzadas
y edificios, aunque grandes,
de arquitectura tan rara,
que aunque las artes la estudien
no pueden calificarla.
En algunos se veían,
restos de morisca usanza,
mal dispuestos tragaluces
en sus ojivas ventanas,
formando á manera de arco
sus puertas claveteadas.
Otras con salientes réjas,
ninguna de ellas muy alta,
en donde al llegar la noche
tiernas trovas se cantaban
y dos almas se entendían
en dulces y largas pláticas.
En los estrechos rincones
de las calles y las plazas
veíase un Santo Cristo
con una sencilla lámpara.
En otras partes un nicho
albergue daba á una estampa,
con su humilde lamparilla
de luz incierta y opaca.
Y ante tan santas efigies
los hombres se arrodillaban,
cuando iban de allí á dos pasos
á morir de una estocada.

En la casa que decimos
había una pobre estancia
de aspecto triste, y en ella
una mujer desgrenaada,
secos de llorar los ojos
y las mejillas más pálidas
que una niña moribunda,
que en sus brazos estrechaba.
Segun las historias cuentan,
todo el ajuar de la casa
consistía en una mesa
de pino, desvenejada.
Sobre ella en un vaso roto
una lamparilla daba
señales de sed, muriendo:
mas allá una pobre cama,
algunos sitios viejos
y en la pared una estampa
de la Santísima Virgen
en Atocha venerada.
Era el rigor del estío
en noche serena y clara,
y á través de las roturas
de una vetusta ventana,
la luna se distinguía
de leves nubes cercada.
Sólo el respirar se oía
acongojado y con pausa
de la niña, y los quejidos,
que aquella madre exhalaba,
viendo morir en sus brazos
la prenda de sus entrañas.
De cuando en cuando sus lábios
articulando palabras
confusas, incoherentes;
vagas como su esperanza,
indicaban que aún vivía
la niña y que aún albergaba

el pensamiento la madre
de verla en sus brazos sana.
Hacia la Virgen purísima
dirigía sus miradas,
de todas las oraciones
que aprendió en edad temprana
buscando la más sentida
y la de más eficacia
para pedirle el remedio,
que niega la ciencia humana.
El tiempo en tanto corría;

la lamparilla agotada,
chisporreando al ponerse
en contacto con el agua,
daba el resplandor postrero;
á través de la ventana
palidecía la luna
con la luz pura del alba,
y estremecida la niña
convulso el lábio agitaba,
dejando este triste mundo
con una sonrisa vaga.

II.

Ya el sol en el horizonte
mostraba su luz risueña
y al toque de las campanas
hacia la vecina iglesia
sus pasos encaminaban
las tapadas con sus dueñas.
Algunos ancianos graves,
descubierta la cabeza,
diciendo el *Angelus Domini*
y repasando las cuentas
de sus rosarios, cruzaban
de Madrid las callejuelas.
Y al pasar junto á la casa
que conocemos, con pena
se detenían, miraban
un instante por la reja,
y su camino seguían
sin darse de ello más cuenta.
Pero, como es más curioso
por precision el poeta,
hará ver á sus lectores
toda la lúgubre escena.
Ya no era la pobre madre
la que tenía á la yerta
criatura, que tendida
se hallaba sobre la mesa.
Las sorprendidas vecinas
acudían mal despiertas,
formulando unas disculpas,
otras buscando con priesa

algun manojito de flores
para adornar la cabeza
del ángel que atravesaba
por las regiones etéreas,
y otras varias agrupadas
trataban cosas diversas,
de las que siempre se dicen
de un muerto á la cabecera:
fantásticas despedidas,
que desprenden de la tierra
volando los pensamientos
á donde las almas vuelan.
Quién de la noche pasada
tenía por cosa cierta
el presagio de un mochuelo,
que oyó lamentarse cerca;
quién contaba apariciones
sombrias y gigantescas,
que sólo el agua bendita
dispersaba con presteza;
y quién los ruidos extraños
de alguna casa desierta,
en donde malignos duendes
fabrican falsa moneda.
Pero, á la madre volvamos
que según su dolor era,
si no ha muerto con la niña
sólo con la muerte sueña.
Cerca estaba de su hija,
en triste llanto deshecha,

mesándose los cabellos
 con despiadada violencia.
 Mas, de su dolor en medio
 una esperanza halagüeña
 su semblante reanimaba
 contrastando con sus penas.
 Tambien en aquel instante
 su imaginacion enferma
 cruzando por el espacio
 poblado por las estrellas,
 ante la Virgen más pura,
 ante la Madre más tierna,
 con fé constante pedía
 para otra madre clemencia
 y un prodigio que volviese
 al ángel suyo á la tierra.
 Y era tanta su esperanza,
 su fé constante tan ciega,
 que á la Virgen y á la niña
 observaba macilenta,
 viendo tardarse el milagro
 cual si fuese una promesa.
 Y sin embargo, la niña,
 como si fuese de cera,
 inmóvil la contestaba
 con la purpúrea gangrena,
 que destruir amenazaba
 aquella boca risueña.
 De allí á unos cortos instantes
 observaban con sorpresa
 las descuidadas vecinas
 que estaba la puerta abierta
 y que faltaba en la casa
 su desesperada dueña.
 Asustadas del suceso
 y temiendo la violencia
 de aquel gran dolor, creían
 que era su locura cierta,
 y en su fantástica mente
 buscando historias diversas
 de otros casos semejantes
 las daban por verdaderas.

Y ya la voz se cundía,
 cada vez con mayor fuerza
 de que una pobre demente
 por Madrid andaba suelta.
 Mientras esto sucedía,
 de Madrid por las afueras
 iba una mujer llorando
 en negro manton envuelta,
 encamiando sus pasos
 de Atocha á la santa Iglesia.
 Halló su puerta cerrada,
 sintió faltarla las fuerzas;
 más nunca desfallecía
 en su piadosa creencia.
 Ruegos, lágrimas, preguntas,
 nada quedó que no hiciera,
 esperando contestára
 la Virgen á su insistencia,
 y una voz dulce, cuyo éco
 el alma encantada deja,
 más que al herir de las harpas
 con inspiracion las cuerdas,
 más que de angélicos coros
 los himnos que el Cielo llenan,
 «Vuelve, la dice, á tu casa:
 mi gracia luce ya en ella,
 que pues tu fé es prodigiosa
 con un prodigio se premia.»
 Y al cabo de un breve instante
 estrechaba con violencia
 en sus brazos á la niña,
 no ya lívida, no yerta,
 sino hermosa y juguetona,
 que enseñándola risueña
 el cuadro, donde veía
 á la soberana Reina,
 así decía á su madre:
 «¿Quién es la Señora aquella
 con que he soñado esta noche
 y era tan dulce y tan buena?
 ¡Si vieras cuánto la quiero.....
 llévame, por Dios, á verla!.....»

JUAN DE BERROJO.

Era una noche en que el viento
con sordo rumor zumbaba,
en que la lluvia caía,
en que del rayo las ráfagas
los infinitos espacios
á intervalos alumbraban.
Noche de horror y de angustia,
noche en que aterrada el alma,
de espanto sobrecogida
á Dios angustiada clama.
Noche en que tiembla el perverso
y el bueno con confianza
hace una Cruz en la frente
apenas el trueno estalla.
Noche de peligros llenas
en que las nubes opacas
ocultan del firmamento
las constelaciones varias.
En que las hojas se agitan,
en que se tronchan las ramas,
y las avecillas tímidas
ocultas tiemblan y callan.
Noche en que mueren las flores
antes de tiempo agostadas
y para el buque son vanos
cadenas, timon y áncoras.
Toledo yace en silencio
y entre las mil nubes pardas
se elevan sus edicios
cual otras sombras fantásticas.
Acaso por los resquicios
de mal cerrada ventana
se ven de un velon de aceite
las diversas luces pálidas;
mas entre el rumor del viento
y las corrientes de agua,
que bañan los desiguales
callejones y las plazas,
todas las voces se pierden
todas las luces se apagan

y en temeroso silencio
Toledo yace hasta el alba.

Pero miento, resguardado
hasta la boca en su capa,
el sombrero hasta los ojos
y armado de estoque y daga,
un hombre cruza las calles
y sus pasos no recata,
porque el ruido de la lluvia
absorbe el de sus pisadas.
Llámase Juan de Berrojo,
es mozo y de cuna honrada,
y aunque casado hace tiempo
siempre entre aventuras marcha.
Reñidor y pendenciero,
cortejante de las damas,
alegre pasa su vida
entre citas y estocadas.
Sólo al verle á tales horas
temor su vista causará
por su marcial apostura
y lo largo de su espada;
mas como nadie transita
de Toledo por las plazas
él prosigue su camino,
sin miedo al viento ni al agua.
Al cabo de corto rato
y á la puerta de una casa
vió entre las sombras á un hombre
que el rostro tambien resguarda,
y en un caseron de enfrente,
entreabierta una ventana,
tras de los hierros se vía
una sombra ténue y blanca.
Adelantóse hácia ella
Berrojo lleno de audacia
y ¡atrás! el otro le dijo
desembozando la capa.
Mas Berrojo, que no tiembla,

puesta la mano en la daga,
¡atrás! á su vez responde
y un corto silencio guardan.
Pero al notar que no cejan
uno ni otro en su demanda,
á la par se aprestan ambos
dando al aire las espadas.
Y el viento zumbando sigue
y la lluvia nunca para
y el sordo rumor del trueno
escúchase en lontananza.
Y se cruzan los estoques
y al furioso choque saltan
chispas, que pronto se pierden
lugar dejando á otras tantas.
Acaso por el rüido
entreábrese las ventanas,
y las medrosas cabezas
algunos vecinos sacan;
mas distinguir no pudiendo
sinó dos formas estrañas,
se persignan temerosos
y vuelven luego á cerrarlas.
Sólo se conserva abierta
y sin luz la de la casa
en que hemos dicho se vía
una sombra ténue y blanca.
Y sigue en tanto la lucha
cada vez más obstinada,
hasta que Juan de Berrojo

mide la tierra de espaldas.
La punta sale por ellas
de una enrojecida espada,
cuya cruz hiere su pecho
con sus labores caladas.
Muerto le juzga el contrario
y con la fuga se salva,
mientras Berrojo, en sí vuelto,
á la Santa Virgen clama:
«Virgen de Atocha Purísima,
oye mi voz que te llama
y no me dejes que muera
en tan despreciable causa.
Mucho te ofendí en mi vida;
pero, *dámela mas larga,*
para que la purifique
con oraciones y lágrimas!»
Y desmayóse de nuevo,
cual si le dejase el alma,
mientras la lluvia seguía,
mientras el viento zumbaba.

Medio mes era pasado
desde aquella noche aciaga,
cuando en la ermita de Atocha,
ambas rodillas hincadas
en tierra y con el semblante
lleno de fé y esperanza,
rezaba sano Berrojo
á la Virgen Soberana.

EL VOTO.

Por un camino que lleva
á la que hoy de España es córte,
teniendo ya su carrera
mediada el siglo catorce,
marchaba con paso tardo,
la mente abstraída, un hombre,
con traje y aspecto estraños
é indescifrable desórden.
Su ropa denuncia al rico,

su rostro denuncia al noble
y el resto de su persona
induce á mil confusiones.
Al cuello lleva una soga,
de sus pies la sangre corre
y van sus manos atadas
con áspera cuerda y doble.
Por donde quiera que pasa
toda la atencion absorbe

y los muchachos le siguen,
constantes inquiridores.
Las mujeres le señalan,
salen á verle los hombres,
y nadie puede esplicarse
cosa tan fuera del órden.
Mas, como el mortal no cesa
mientras sus miras no logre,
por donde quiera que pasa,
siguiendo curioso móvil,
le cercan por todas partes,
le asedian con sus cuestiones
y él á todas las preguntas
con tales frases responde:
—Pues que deseais os cuente
el motivo que me impone
el deber de ir con un traje
que es tan natural os choque,
prestadme atento el oído
y escuchad, viejos y jóvenes,
cual nuestra Virgen de Atocha
piadosa oyó mis clamores.
Nuestro buen rey D. Enrique,
que Dios su salud mejore,
pasó á Búrgos hace tiempo
á fin de celebrar Córtes.
Procurador fui á ellas,
Diego Gudiel es mi nombre
y mi alcurnia tan honrada,
que no cede á las mejores.
Sucedió que en mi posada
dieron muerte cierta noche
á un pariente del monarca:
la causa no se conoce.
Se encolerizó por ello,
mandó hacer varias prisiones
y á mí y cinco caballeros
se nos tomó por autores
de la muerte. ¡Cuánto yerran
en su júicios los hombres!
Formóse causa y los jueces
sin oír nuestras razones
nos condenaron á muerte,
mandando que se pregone
la ejecucion y el verdugo
nuestras existencias corte.

Falto de toda esperanza
y pronto á morir, tornóse
mi pensamiento á la Virgen,
que siempre al justo socorre,
Hícela el voto que hoy cumplo,
si me libertaba entonces
de la muerte, y compasiva
oyó mis quejas y voces.
Hácia el patíbulo andaba
cuando un amigo encontróme
felizmente y condoliéndose,
de verme morir tan jóven,
y de una tan alta alcurnia
cuanto inocente, rogóles
fuesen despacio á los jueces.
Él en busca del rey corre
y al cabo de corto rato
en manos de aquellos pone
un anillo del monarca,
mandando que me perdonen.
Pregunto si es á mí sólo,
que si mi amigo responde,
y altivo el perdon rechazo,
por ser indigno de un noble
dejar que perezcan otros
cuya inocencia conoce.
Ruega de nuevo mi amigo,
al escucharme, demoren
la ejecucion de los reos,
que en mí su esperanza ponen,
y el rey, que nuestra inocencia
por mi respuesta conoce,
la vida á todos concede
y el fuerte enojo depone.
Ya era tiempo; cuando un page
al juez le entregó esta órden,
del afrentoso cadalso
llegaba á los escalones.
¡Gloria á la Virgen de Atocha!
Tal es mi historia, señores:
juzgad si tan gran servicio
no vale trabajo doble.
Y adios, que impaciente anhelo
elear mis oraciones
en el templo de la Madre
de los pobres pecadores!—

VER Y CREER.

De Madrid en las Iglesias
tocando están las campanas
y lucen mil colgadas
los balcones de las casas.
Llena el gentío las calles
y por doquier se derrama,
con tristeza en el semblante,
con esperanza en el alma.
Y al ver sus trajes que tienen
parte de duelo y de gala,
el que la causa no sepa
no puede dar con la causa.

Los caniculares rayos
del sol los campos abrasan
y van muriendo las mieses
antes de tiempo agostadas.
Por eso invocan al Cielo,
por eso á la Virgen Santa
de Atocha hacen rogativas
y de su templo la sacan.
Que siempre que la invocaron
remedió a fable sus ansias,
dando á sus sembrados riego
y consuelo á sus desgracias.
Ese es el móvil que guía
á la gente, esa es la causa
de que se adornen balcones
y repiquen las campanas.

De pronto hácia un mismo punto
precipitándose marchan
las gentes, que ver anhelan
á la Imágen Soberana.
En gran procesion la llevan

entre estandartes y mangas
é infinitos religiosos,
que cantando la acompañan.
Impregna el aire el incienso;
todas las gentes se callan
y de devocion henchidas
se arrodillan al mirarla.
Las cabezas se descubren
y aunque las voces se apagan,
se escucha el sonido ténue
de rezos, que inspira el alma.
El religioso cortejo
sigue entretanto su marcha
y el cántico de los frailes
se escucha ya en lontananza;
mas la procesion dejando
va, por do quiera que pasa,
fervorosas oraciones
y gentes arrodilladas.

Junto á la ya destruida
puerta de Guadalajara,
entre una turba de fieles,
un mahometano se hallaba.
Hombre era de grandes luces
y de instruccion esmerada,
muy dado á la astrología,
y el vulgo mismo en sus pláticas,
poco compasivas siempre,
daba por cosa sentada
que hacer conjuros sabia
y con el diablo trataba.
Ignorante de aquel uso
quiso conocer la causa,
y así que la hubo sabido,

soltando una carcajada,
miró al Cielo, azul entonces,
y dijo á los que escuchaban:

—«¡Pardiez! Si esperais que llueva
esperadlo con cachaza;
mientras no cambie la luna
las rogativas son vanas.
Y en prueba que lo que digo
no son triviales palabras,
os juro cristiano hacerme
si cae una gota de agua.»

En esto cambiando el viento
se forman cien nubes pardas

y antes que la Imágen pura
entrarse en su santa casa,
copiosa lluvia las calles
y las campiñas regaba,
para contento de un pueblo,
para bautismo de un alma.

Sintió el morisco el milagro
y cumpliendo su palabra,
en la pila del bautismo
que el primer pecado lava,
se hizo llamar Juan de Atocha,
dando así una prueba clara
de cuanto puede la Virgen
y de cuan grande es su gracia.

DESPEDIDA.

Sagrada Virgen de Atocha,
si escuchas mi pobre acento,
acójelo con clemencia
y admite mi adios postrero.
Cantor errante de glorias
al pié llegué de tu templo
é imploré que me inspirases
religiosos pensamientos.
Hoy de mi cansada lira
reposar las cuerdas dejo,
mientras suenan en mi pátria
sus poco armoniosos écos.
Y cuando por mi desdicha
se vayan al fin perdiendo
y pasen á formar parte
del mundo de los recuerdos,
volveré á emprender mi marcha
y daré mi voz al viento,

sin saber á dónde parto,
sin saber de dónde vengo.
Alta y serena la frente,
libre y desahogado el pecho,
entonaré nuevos cantos
sin temor al hado adverso.
No me aterrará el camino
en densas brumas envuelto,
ni los hondos precipicios,
ni los mundanos tropiezos,
si del Cielo donde reinas
al lado del Dios Eterno,
protejes con tu clemencia
é inspiras los pensamiéto
del pobre cantór de glorias,
que hoy se aleja de tu templo.

.
.

ADVERTENCIAS.

El Monasterio de Atocha, célebre por su antigüedad, que se pierde en la noche de los tiempos, y más aún por la constante veneracion del pueblo de Madrid á su principal Imágen, asunto es digno de inspirar á los verdaderos poetas con las milagrosas historias que corren de boca en boca, ó apoyadas en auténticos documentos.

Superior, era, pues, la empresa á mis escasas fuerzas, y de ella hubiera desistido sin duda, á no tener hechos estudios para esta obra, en que tomando solamente algunos de los temas, que más se prestaban á la poesía, he abandonado los que de incierta veracidad ó controvertida existencia podian ser motejados por la crítica contemporánea, nada caritativa por cierto.

No he entrado por lo tanto en analizar el origen de la venerable Imágen, que algunos hacen datar de la época de los Apóstoles y afirman que fué pintada por San Lucas, al paso que otros dicen llamarse así de *Theotocos* (madre de Dios), ó aseguran deber su nombre á haber sido encontrada en unos *atochares* (1), como hemos referido en la historia de Gracian Ramirez.

(1) Terrenos plantados de atochas ó espartos.

Creemos no puede admitirse en absoluto ninguna de estas hipótesis, siendo más de presumir que fuese traída á España esta Imágen, como tantas otras, por los discípulos de los Apóstoles, que las sacaron de Antioquía para su predicacion, y da fuerza á esta creencia su mismo nombre de *Atocha*, corrupcion, á nuestro modo de ver, de *Antiochia*.

Pero, lo innegable es su existencia en tiempo de los moros, que acaso no vieron la ermita, y es tambien fácil fuese ocultada por los fieles entre las malezas, como lo fué la de la Almudena en la muralla de Madrid, comprobando su existencia en esta época el ser mencionada ya por los años de 600, en que San Ildefonso, arzobispo, la enviaba desde Toledo cargada de cera para su culto.

Reconquistado Madrid por D. Alfonso VI, continuó siendo venerada en extremo esta Imágen, y en épocas más recientes la vemos salir de su templo en las enfermedades de Felipe II, el príncipe D. Carlos y otros miembros de la Familia Real.

Felipe III la construye el templo que hoy ocupa, y las peregrinaciones de los fieles hacen necesario el establecimiento del hospital (hoy Cuartel de Inválidos). Es Patrona de la Corte de Madrid, y desde esta época encierra en su recinto ofrendas piadosas y guerreras, protege á su pueblo en varias sequías, y obra infinitos milagros, referidos por sus cronistas.

En la última invasion extranjera es retirada de su templo por unos devotos suyos, lastimados de verlo convertido en cuartel de Caballería. Una vez pasado el peligro es restituida á él, y prosigue repartiendo beneficios á los devotos, que imploran su misericordia.

En cuanto á la forma dada á esta obrita, diremos pocas palabras.

Hemos buscado los milagros que más se prestaban á la leyenda, y procurado referirlos en un lenguaje sencillo, sin recargarlo de poéticos adornos; el romance es la natural expresion de las glorias pátrias.

La divergencia de unos autores con otros, respecto al año de los milagros, ha motivado el no ser puestos cronológicamente, tanto más cuanto que no creemos necesaria esta circunstancia en una obra puramente poético-religiosa.

Concluiremos pidiendo indulgencia por los muchos errores de que indudablemente adolecerá, y agradeciendo de antemano las reflexiones que pueda hacernos la crítica, y trataremos de seguir, siempre que sean justas.

Se halla de venta esta obrita. al precio de **cuatro reales**, en casa de su administrador, D. Manuel Sala, calle del Prado, núm. 11, establecimiento de *encuadernaciones de lujo*, y en la librería de Durán, Carrera de San Gerónimo.

Los señores residentes fuera de la córte que gusten adquirirla, remitirán al citado administrador 10 sellos de correos, de cuatro cuartos. A los libreros de provincias que tomen diez ó más ejemplares, se les rebajará el 25 por 100.